

AQUELLOS PASTELES PESADOS (THOSE HEAVY CAKES)

*Earl Lovelace*¹

Ellos vivían en Old Road en Cunaripo y para él la Navidad era la mejor época. Lo que más le gustaba era levantarse con los gallos, en las tempranas y oscuras horas de la mañana navideña, ir a la cocina donde alumbraba la lámpara de kerosene y donde su madre, ya levantada, se ocupaba de los oficios domésticos; donde todavía medio dormido, escuchaba calle arriba la música lejana de la banda de parán, bueno, no realmente de la banda, sino el vibrar del contrabajo, el ritmo rebotando, más y más fuerte a medida que se acercaban y él podía escuchar todo mejor: la guitarra, los cuatros y las voces cantando, hasta que al fin llegaban al frente de su casa, hablando en voz baja, como si lo que estuvieran haciendo fuese algún secreto y como si ellos quisieran sorprender a su familia y su familia también, con una sola lámpara encendida en la cocina, sin hacer ruido, sin hablar, esperar también a ser sorprendida; y luego de ese silencio, como por arte de magia, las canciones resonaban y empezaba el día y todos los gallos cantaban alrededor y su papá encendía la otra lámpara, y abría la puerta y todos entraban.

Parecía como si toda la vecindad irrumpiera en su casa tan pequeña. El único lugar donde ellos podían recibir a la gente era la sala, con el suelo encerado y la mesa de centro pintada y las bombas colgadas del bajo cielo raso, rebotando en las cabezas de los visitantes.

Todo el mundo se reunía en ese cuarto para Navidad y todas las navidades su padre esperaba a que toda la gente entrara, para arreglar los



¹ Earl Lovelace. «Those Heavy Cakes». En: *Facing the Sea*. Londres: Heinemann, 1986, pp. 101-103. (Traducido por Amparo Marmolejo-McWatt.). Earl Lovelace nació y vive en la isla de Trinidad. Escritor, periodista y profesor. Ha sido profesor invitado en varias universidades en los Estados Unidos. Entre sus obras más conocidas se cuentan: *The Dragon Can't Dance*; *The Schoolmaster*; *The Wine of Astonishment* entre otras. Su más reciente novela *Salt*, publicada en septiembre de 1996 obtuvo el premio Commonwealth 1997 en ficción.

muebles de manera que hubiese más espacio. Todas las navidades era igual. Estaba tan lleno que nadie podía moverse y para que alguien pudiese entrar toda una fila de personas tenía que salir. La única persona que estaba sentada era la que tocaba el violín. Y moreno era el color: el moreno rojizo del tapón caoba del suelo y de la mesa; el moreno más claro del ron; el moreno casi negro del pastel navideño y el moreno lustroso y reluciente del jamón con clavos de olor. Y el olor era a barniz y a pintura, a linóleo nuevo en la cocina; y todo lo que se oía era "Feliz Navidad" y el tintín de los vasos. Y después la banda se iba, dejando los vasos vacíos y la botella de ron casi terminada, el jamón herido de muerte y sus pisadas en el piso. Era como si solamente entonces, ellos, su familia, pudieran empezar a celebrar la Navidad. Era como si la música y las canciones, fuesen la oración obligatoria sin la cual no podían empezar su cena.

-Tenemos que mudarnos a otro lugar- dijo su padre. Aquí no cabe la gente.

-Sí,- contestó su madre de acuerdo con él -tenemos que conseguir otra casa, una casa más grande- dijo ocupándose de la limpieza.

La casa en la calle Albert era más grande. Una Navidad después que la banda de parán se fue su padre dijo: -¡esto es pura estupidez!- ¡pura estupidez!- Uno no puede malgastar la plata así. Uno no puede malgastar la plata así comprando esas cosas para que la gente coma y beba. Y ¿después de la Navidad, qué? ¿qué pasa, ah? ¿para qué todo este bochinche? Nadie dijo una palabra, ni él, ni su hermano, ni su madre.

La Navidad siguiente la banda vino como de costumbre, con el sacudir de las maracas, con el largo gemido rasgado del violín, con las quisquillosas preparaciones del comienzo y su padre se dirigió a la puerta y dijo: -entren- hizo a un lado la mesa de centro y colocó las sillas contra la pared, no porque el cuarto fuese pequeño sino por costumbre, como que si no movía la mesita de centro, no era Navidad. El muchacho lo vio dirigirse a la alacena y sacar dos botellas de ron que puso sobre la mesa y después de que la banda hubo tocado quizás tres piezas, su padre le dijo a su madre: -pon algo en la mesa-. Y ella sacó el pan, el pan dulce de coco, un pastel, dos manzanas y algunas uvas. Y después de que la banda tocó otras dos piezas más le dijo otra vez: -Eileen corta el jamón, ...vamos, corta el jamón- le dijo asintiendo con la cabeza, porque su madre se tar-



daba un poco, quizás recordando lo que su padre había dicho acerca de la Navidad y el despilfarro.

Después de que la banda se fue, la familia quedó en silencio. Su padre levantó una botella vacía de ron y dijo: -alguien tiene que continuar. Uno tiene que darles algo. Uno no puede dejarlos entrar y cantar y no darles nada... de todas formas -él dijo- la próxima Navidad. La próxima Navidad, no voy a comprar jamón para ellos. Compraré una botella de ron y la pondré sobre la mesa y cuando la terminen eso será, se acabó. Porque uno malgasta todo ese dinero y la Navidad es sólo un día y teniendo en cuenta que tenemos que construir la casa, cuando pase la Navidad ¿qué pasa? ¿qué pasa? todo continúa como si nada hubiese pasado. ¿Para qué tanta bulla? Lo dijo con el cuchillo en la mano para cortar el último pedazo de carne pulpa que quedaba del jamón. Todo lo que nos interesa es la parranda. Por eso es que no tenemos nada. Gozamos, parrandeamos y cuando se acaba la fiesta ¿qué? ¿qué pasa? ¿qué hemos conseguido?

Nadie respondió. El muchacho quería decir algo, responder algo pero no sabía qué. Después de un rato pensó en ello. Y mirando a la gente algunas veces, se le ocurrió la idea: ellos no tienen nada. Sin embargo, esto no le parecía cierto: algo faltaba...

Se habían mudado a la casa nueva en Chaconia Terrace y por una vez se había quedado dormido la mañana de Navidad. Se despertó asustado, con un sentido de urgencia saltó de la cama y luego recordó que ya no vivían en Albert Street. Cuando entró en la sala decorada con bombas, pudo ver su cara reflejada en el piso que él y Marvin habían pulido; dos cuadros, "paisajes", los llamaba su padre, colgaban de las paredes y había whisky en la alacena. Él fue con Marvin y abrieron sus regalos. Al fin, él recibió una bicicleta y Marvin recibió una flauta, patines y un modelo de avión. Él tomó la bicicleta y salió a la calle. Al principio la empujó, fue cómico. Pensó que habría estado muy ansioso por montarla pero tan pronto como se sentó en ella, fue como si la hubiera tenido toda la vida. Uno o dos muchachos estaban montando en bicicleta, otros estaban patinando y un muchacho tenía una cometa que no volaba. Él subió y bajó la calle manejando con una sola mano y aunque quería manejar sin tener la dirección con las manos, no se atrevió a hacerlo por no dárseles de fanfarrón delante de los otros niños.

Dejó su bicicleta al lado de la casa y entró por la puerta de enfrente haciendo a un lado las cortinas suavemente. Su padre estaba en la sala arreglando cosas, no realmente arreglándolas porque ya estaban arregla-

das, sino más bien tocándolas. Tocando el estéreo, enderezando los cuadros, "los paisajes" y tocando los floreros con los helechos de navidad y anteriores; tocando las tarjetas que colgaban en una cuerda a lo largo de la pared, parándose delante de cada objeto, como asegurándose que todo lucía bien pero sin dejar de dudarlo.

Su esposa lo miraba, con su cara un poco cansada. Se sentó junto a la mesa donde estaba el pastel. -¿Quién quiere pastel?-preguntó.

Su hermano Marvin no quiso pero él tomó un pedazo. Después de que su padre lo probó, hizo una mueca y dijo: -este pastel está muy, muy ligero. ¿Te acuerdas de aquellos pasteles que hacías, sin todo esto? - ¿sin esta receta tan complicada que usas ahora? - ¿te acuerdas de los que antes, sin ningún libro de cocina, sin medidas, al cálculo solamente, hacías con tus manos, tus medidas? ¡Ah aquellos pasteles...! me gustaría comer de aquellos pasteles.

Ella no dijo nada y temiendo haberla herido, le dijo: -éste no está mal, ¿sabes? no está mal. Mirando al muchacho aquellos: - es que... me gustaría comer aquellos pasteles pesados-

Él se había alejado hacia la puerta de enfrente y miraba hacia afuera -Todo está muy tranquilo por aquí, ¿eh? Dijo después de un rato. Luego, dirigiéndose a Marvin, dijo: -Marvin, pon un poco de música-

-¿Qué quiere escuchar? le preguntó Marvin- Tenemos unos calipsos nuevos que todavía no han entrado en las competencias de calipso.

- Y ¿por qué no pones el disco de parán?

-Ese es del año pasado- respondió Marvin.

-Pónlo. Pon música de parán - y detectando unas migas de pastel en el suelo se agachó y las recogió con sus dedos. Se dirigió otra vez hacia la puerta y miró hacia afuera -Escuchen esta calle- dijo -Escuchen. Esta gente no tiene nada.

El vió al muchacho mirándole y su cara cambió; y diciéndole en un tono alegre que no sentía: ¿Tienes tu bicicleta, eh? Te lo había prometido.

El muchacho no supo qué decir. Su mamá estaba todavía sentada a la mesa. Lentamente se puso de pie y empezó a cubrir el



pastel. ¿Te gustaría comer aquellos pasteles pesados, eh? Ella preguntó, con la voz quebrándosele bajo el peso de las lágrimas, adolorida y triste, de que sólo después de tantos años, era la primera vez que ella escuchaba eso. Como si ella nunca llegaría a entender la manera de ser de los hombres...de la gente.

Su padre continuaba de pie escuchando, como si ella aún continuara hablando aunque esas fueron sus últimas palabras. Y tan pronto como empezó la música de parán, el niño pudo ver la mañana navideña ascendiendo de las últimas horas de oscuridad, con el canto de los gallos y la gente entrando en el pequeño cuarto en Old Road iluminado por la lámpara, pudo sentir el olor a linóleo nuevo y a barniz y pensó cómo ahora en este cuarto cabría mucha gente.

Leo, ¿quieres una rebanada de jamón?- Le preguntó su madre radiante, como si ella estuviera despertándose. El negó con la cabeza mientras divagaba sobre el significado de las cosas. Tomó la flauta de su hermano para tocarla, pero al oír empezar la otra canción en *el estéreo* y sabiendo que iba a llorar dejó la flauta y salió de casa, esta vez pasando por la cocina, tomó la bicicleta de donde la había dejado, al lado de la casa, y se fue a la calle.